

ADMINISTRACION, CALLE 18 DE JULIO N° 57

EL CLUB UNIVERSITARIO

PERIÓDICO CIENTIFICO-LITERARIO

ÓRGANO DE LA SOCIEDAD DE SU NOMBRE

EDITOR Y ADMINISTRADOR

MIGUEL ISABELINO MENDEZ



MONTEVIDEO

IMPRESA A VAPOR DE EL SIGLO, CALLE 25 DE MAYO, 46

1871

UNIVERSITY OF CHICAGO

EL CLUB UNIVERSITARIO

UNIVERSITY OF CHICAGO

UNIVERSITY OF CHICAGO

UNIVERSITY OF CHICAGO

1901

EL CLUB UNIVERSITARIO

PERIÓDICO CIENTÍFICO LITERARIO

MIGUEL ISABELINO MENDEZ

EDITOR Y ADMINISTRADOR

SUMARIO DEL NÚM. 29

LA UNIVERSIDAD SIN PRESUPUESTO, por un estudiante—REFLEXIONES SOBRE LA GUERRA, *trabajo póstumo de Manuel Arredondo*, leído en el "Club Universitario" en la noche del 23 de Diciembre de 1871, por Carlos María de Peña—LAS SOCIEDADES HISPANO-AMERICANAS, *algunas consideraciones sobre su estado político y económico*, por Th. Mannequin (continuación)—LA CAJA DE PLATA, *cuento fantástico*, por A. Dumas (hijo); traducido literalmente del francés para la señorita V... E...—SECCION POÉTICA: *A Teresa*, por M. P. N.—*Lila*, la planta y el jardinero, por M. Bahamonde.

La Universidad sin presupuesto.

Algunos periódicos de la capital, no obstante el gran fervor con que la política militante atrae á sí todas las atenciones del escritor público, se han ocupado especialmente del abandono incalificable á que el Gobierno ha relegado la Universidad, retirándole la única y hasta escasa protección que le dispensaba, siendo esto el moderado presupuesto que le está asignado por las Cámaras para su sostenimiento material. Y esto ¿por qué? ¿Por falta de recursos? No; porque mientras casi la totalidad de los presupuestos están pagos hasta la fecha íntegramente, se deben á la Universidad como ocho meses atrasados, sin contar con el de Noviembre último, sobre el que redondamente han manifestado que no es posible satisfacerlo. Verdaderamente no queda otro recurso que exclamar: ¡ *consumatum est* !

Esa circunstancia, unida á la de que el Instituto de Instrucción Pública, cuyo solo nombre basta para ponderar su importancia y trascendencia en el porvenir de la República, se encuentra en un estado muy poco menos desfavorable que el de la Universidad, da lugar á suponer, aun al hombre menos mal intencionado, que la educación é instrucción pública son un crimen de *leso-gobierno*. Si la con-

ducta del Gobierno á este respecto tuviese por origen una preven-
cion contra aquel centro de ilustracion, (que no es fácil hallarle otra
explicacion), todo lo que dijéramos ahora seria predicar en desierto.
Mas no por eso dejaremos de insistir sobre este punto en adelante.

El modo cómo se rehusa el pago del presupuesto de la Universidad,
y creemos que una cosa parecida sucede con el Instituto, es la cosa
mas curiosa del mundo.

La Tesoreria General del Estado dice al cobrador: *No tengo; venga
mañana*. Al otro dia : *No tengo; venga mañana* ; y en los dias siguien-
tes entona pausadamente la misma sinfonia.

El cobrador al cabo replica : *pero, señor, ¿ cómo me dice Vd. todos
los dias « venga mañana, » y hoy, ayer, anteayer y todos los dias ante-
riores ha estado Vd. y está pagando á cuantos se presentan ?*

A esto la Tesorería observa : *Yo no puedo hacer nada; véase al Mi-
nistro : si él me lo manda, yo le pago ahora mismo*.

Puesto que como última esperanza se le impone la obligacion de
rendir pleito — homenaje al Ministerio, allá va el cobrador. « ¡ Oh,
qué satisfaccion consoladora ! » dirá en esos casos el cobrador para
sus adentros, « ahora sí que podré aprovechar el tiempo que robo á mis
obligaciones para estar de portero en la Tesorería ! « Pero, ¡ adios can-
tarillo de la esperanza ! una voz ya grave como una piedra, ya
aguda como el chasquido de un látigo, ya sonora ó mas bien souso-
nante como una pieza de oro desgastada, le deja estupefacto con un
mañana, y esta fatal combinacion eufónica resuena constantemente de
dia en dia, *mañana, mañana, mañana, sin nunca mañanar*. Y cuando ya
aquella voz ha perdido mucha parte de su vigor, á fuerza de tanto ejerci-
tarla, y cambiado en cierto modo de naturaleza, conservando solo su va-
lor real y efectivo, su esencia, semejante poco mas ó menos á una de-
toracion vaporosa, y por otra parte el cobrador dejando de aplicar el
oído frunce las cejas y hace ademán de retirarse para no volver jamás;
entonces el Ministerio dice al cobrador: *ahora vaya vd. á la Tesorería*.
Y la Tesorería, semejante al éco de los desiertos, con aterradora man-
sedumbre y afabilidad desesperante, rebota la consabida combinacion
eufónica: *mañana, mañana, mañana*. (Pronúnciense de un modo
enfático estas palabras.)

Pero dígase lo que se quiera de nuestro Tesorero, nadie podrá ne-

gar que si hubiese estudiado teología y arte métrica, hubiera llegado á ser un teólogo y un gran poeta. En otro número del *Club Universitario*, segun vayan las cosas, amplifcaremos estas ideas haciendo entrar como protagonistas en una novelita que pensamos escribir, á otros personajes de nuestra actual administracion, aun cuando hayan renunciado los puestos que ocupaban.

UN ESTUDIANTE.

REFLEXIONES SOBRE LA GUERRA

TRABAJO PÓSTUMO DE MANUEL ARREDONDO

leido en el «Club Universitario» en la noche del 23 de Diciembre de 1871

POR CÁRLOS MARIA DE PENA

Sres :

Puedo deciros que salvo estas páginas del silencio y la oscuridad de la tumba.

Desde que llegaron á mis manos pensé comunicároslas, juzgando por reminiscencias de su primera lectura, que merecian vuestra atencion, vuestro estudio y que podia ofrecéros las como brillante autítesis de mis *consideraciones generales sobre la paz entre los pueblos*.

A la verdad, yo deberia consagrar algunas reflexiones críticas á esta *lectura* y transmitir os un juicio cualquiera sobre las últimas páginas del amigo querido, á fin de hacer resaltar mejor á vuestros ojos las bellezas que encierra y preparar vuestra nunca desmentida benevolencia para el perdon de las faltas de que puede adolecer.

Pero temo mucho, muchísimo que las exigencias de una crítica imparcial sean ahogadas por las inclinaciones de mi corazon adolorido.

Y tengo otro gran motivo: este trabajo es una especie de refutacion al mio que os acabo de indicar, y baste este aviso para eximirme del cargo, harto ingrato, de crítico severo é imparcial que á otros que á mí sentaria bien en el caso. Me atrevo únicamente á recomendar os os digneis dar una lectura á los números 11 — 14 de *La Bandera Radical*.

Estos datos, para el futuro :

Arredondo escribió esta conferencia muy precipitadamente, y tan solo por cumplir con la excelente obligación de las disertaciones semanales, tan felizmente impuesta en nuestra aula de Derecho de Gentes.

Es esta la última de sus producciones, escrita un mes antes de su muerte.

Al comunicároslo y publicarla, no tengo otra intención que la de asegurar una flor que estaba á punto de desprenderse de su corona literaria y depositar una siempreviva sobre la lápida de su tumba.

Cárlos M. de Pena.

Reflexiones sobre la guerra

CONFERENCIA PRESENTADA EN EL AULA DE DERECHO NATURAL
Y DE GENTES

I.

Señores:

Quando en esos momentos rápidos de calma que suelen sonreír al mundo enfermo, se contempla la actividad humana realizando las grandes obras del trabajo en los órdenes intelectual y material, el alma, olvidándose del espectáculo triste aunque grandioso que le presenta el escenario inmenso de la historia de la humanidad, se expande y empapada en fé, no puede menos de ver el porvenir dibujarse alegre, lleno de esperanzas. El alma en esos momentos de expansión, de feliz abandono, marcha deslizándose y se abisma en el camino sin fin que la humanidad á su frente tiene.—Alejada del torbellino en que el mundo se agita, en nuestra época azarosa como la que mas, época llena de esperanzas, de decepciones, de creencia, de escepticismo, vislumbra allá, velada por las brumas que la envuelven la *ciudad del derecho*, ciudad que el presente, con los materiales que ha acumulado el pasado, levanta para habitación del porvenir. Confiada en las fuerzas de la humanidad, que son inmensas, créa que todas han de converger al bien para realizar en el orden moral, lo que se ha realizado en el orden material; construir también allí los ferrocarriles, los telégrafos del derecho y de la justicia y aplicar el vapor al progreso.

Vagando así por las regiones fantásticas y atrayentes del ideal, se cree transportada a un mundo perfecto, donde es una realidad el dogma de la fraternidad, que predicó el gran maestro; sueña con aquel tiempo de igualdad en que solo serán méritos el talento y la virtud, con aquel tiempo de amor en que no solo los hombres, sino las naciones también, se confundan en abrazo fraternal y marchen unidas a depositar sus ofrendas en el gran altar de la perfección.

El espíritu adelanta con las ideas, siglos de siglos a la práctica que marcha siempre rezagada. Y cuanto mas sube en su ascension a lo ideal, cuanto mas se abisma en el piélago inmenso, inconmensurable de la perfección humana, abismo que se presenta a los ojos del alma del mismo modo que el espacio sin límites a los ojos del cuerpo; tanto mas se aleja del mundo real, tanto mas le parece este, un mundo de imperfección y de injusticia, de error y de mentira.

El espíritu humano marcha velocísimo en sus ideas; aun no ha descubierto una verdad, cuando ya se le presenta un problema que encierra otra en su solución y se dirige ligero a su encuentro, llevado por su amor a lo desconocido, amor que sin duda será la estrella que guiará a nuevos reyes magos a otro nuevo establo de Belen; pero al tratar de realizar esas verdades descubiertas, encuentra dificultades de todo género, precipicios insalvables, obstáculos insuperables.

La ascension ha sido rápida como que el alma era atraída por lo sublime; pero cuando se ha llegado al Himalaya de la idea y se mira este mundo, donde en vez de adelantarse rápidamente se vá despacio, donde cada verdad realizada cuesta una lucha ingente, semejante a aquella de los titanes para escalar el cielo, donde el error y la verdad se disputan el terreno del espíritu humano, se siente frio en el alma; se mira al mundo, como mirará el mendigo su realidad tan triste; despues de haber habitado, durante su sueño, alcázares magníficos de mármol; y es que el alma ha habitado el alcázar del ideal, durante su peregrinacion a la altura.

II

El descanso es penoso; desde la altura se vé mejor destacarse el paisaje, pero también se vé mejor la sombra dibujando los oscuros perfiles.

Allí en el Sinai del porvenir ha descubierto unas nuevas tablas de la ley, que en vez del admirable decálogo ostentan como aspiracion suprema del hombre las tres ideas no menos admirables de libertad, igualdad, fraternidad. Y despues cuando han mirado la tierra tal como es, han visto en vez de libertad, al hombre humillándose á los pies de los déspotas de derecho divino, de los déspotas del sable, de los caudillos sangrientos, de los verdugos tranquilos; á las naciones subiendo su calvario, adornadas sus cabezas con la corona de espina en vez de lucir el sacro gorro frigio. Polonia, el duelo inmenso de nuestra época, gíme, solloza, destrozada, destruida, á la faz de los otros pueblos que catan en presencia de su agonía tan prolongada, cánticos de dolor que son un sarcasmo; y Alsacia y Lorena comienzan su martirio, van á mostrar de nuevo esos sacudimientos sublimes que Polonia destruida no puede ya producir.

Han visto en vez de igualdad, en América, en ese espejo de los cielos, un Imperio inmenso que encierra millones de esclavos, que parece haber sido colocado en esa tierra del porvenir por el espíritu mismo de la ironía y de la burla; en Europa se conserva la aristocracia, restos de cadáver, la servidumbre en Rusia, las clases en todas partes.

Han visto en vez de fraternidad, á los Estados Unidos arrebatando á Méjico, Tejas y California, á España martirizar á Cuba en presencia de la América latina, ocupada en destrozarse en nombre de la nada; el águila prusiana cernir sus negras alas sobre la Francia degradada.

Han visto todas las violaciones de las ideas recojidas en su elevado vuelo; han creído esas violaciones únicos resultados de la guerra, y la guerra ha sido maldecida—se ha dicho que es *el atentado contra la justicia; el robo, el asesinato aclamados, blasonados, dignificados, coronados; que es la tolerancia del crimen y el predominio de la brutalidad de la fuerza.* (Emilio Girardin.)

No se ha atendido á la naturaleza humana, á la organizacion del mundo, á las leyes que lo gobiernan y se ha querido realizar el ideal á saltos, sin los únicos y necesarios medios que á él conducen.

III

Hay espíritus ténues que se quiebran y desfallecen al tocar las menores contrariedades, al ver la apariencia del caos.

Cuando en la vía que han de recorrer encuentran escombros causados por los que pasaron antes de ellos y que les han allanado el camino en vez de avanzar, se detienen á gemir sobre las ruinas.

Espíritus poco profundos se detienen en los efectos sin pasar á las causas, exhalan todos sus sentimientos tristes, ante esos restos que se interponen á su marcha, sin preguntar qué alma les daba vida, qué idea alimentaban, de qué gangrenoso cuerpo eran los esparcidos miembros.

Cuando se violan todos los derechos de los hombres, cuando se atenta contra lo mas sagrado de su esencia, maldicen el mal que existe; cuando por medio de la fuerza se elimina la causa de ese mal, maldicen la guerra que lo destruye; maldicen siempre porque creen que la atmósfera se purifica sin borrascas, que se puede pasar del mal al bien tan apaciblemente como de la oscura noche al alegre día.

No piensan que el mal se bate antes de dejar sus posiciones y que á los tiros de cañon no se puede responder con flores, que así como las murallas de piedra no caen á los golpes de montones de grageas, las murallas constituidas por los errores, y por la corrupcion estendida por los usurpadores, en el corazon de los hombres, no se derrumban con lloros y gemidos.

Todo su horror contra la guerra, es porque cae el hombre como si este no fuera un instrumento del progreso, como si el hombre del presente no debiera hasta su vida, al hombre del porvenir.

Espíritus alejados por su imaginacion del mundo real, viajeros incansables por los países de la perfeccion, donde no hay necesidad de lucha por que todo está realizado,—no pueden ver sin desfallecer los resultados muchas veces desconsoladores de la guerra; y al ver el espectáculo que presenta el campo de la pelea, los cadáveres mutilados, la carnicería, las ruinas, prorumpen en imprecaciones que serian justas si solo se dirigieran al abuso que se hace de la guerra.

Sin embargo, se comprende su indignacion contra la guerra, ante el horroroso espectáculo. Ciertamente se apodera el dolor del alma y

viste luto, con solo imaginarse el campo de batalla, donde un momento há se encontraban miles de hombres llenos de vida y ahora, solo montones de cadáveres. Del imponente conjunto, tan solo quedan, cadáveres, heridos, mutilados, el mar de sangre, la campiña roja.

Pero de esto, debemos acusar á la guerra ó á la injusticia que obliga á emplear la fuerza? Debemos de culpar al medio de reivindicacion de la justicia ó al injusto?

Y acaso solo sangre y ruinas produce la guerra? Miopes observadores serian los que en Ituzaingó vieran solo los cadáveres, y no distinguieran la causa de la emancipacion de un pueblo que la sangre fecundó. Detras de la batalla está la idea que lleva á la guerra; á ella se debe atender. La guerra solo es el medio del triunfo de la idea, y medio legítimo puesto que no es injusto en sí. La idea que se sostiene es mala? La guerra es injusta, porque es el instrumento del mal. La idea que se sostiene es buena? La guerra es justa, porque es el instrumento del bien.

IV.

La guerra no es injusta en sí misma, acabo de decir.

Los filántropos exagerados han ido formando desde hace tiempo una atmósfera contra la guerra, tachándola de *ilegítima, injusta y anti-jurídica* como decia un compañero nuestro el año pasado, aun cuando se haga su defensa. Esta doctrina sonará sin duda dulcemente en los oídos de los injustos, halagará ciertamente á los déspotas.

Es injusto el defenderse, no hay derecho de repeler la fuerza con la fuerza, no queda otro recurso que cruzarse de brazos y esperar tranquilos el fallo de la historia, fallo tardío y que no remedia el mal—Me atrevo á decir que esta opinion está muy cerca del absurdo. Al hombre que es atacado se le permite hacer uso de un derecho inherente á su individualidad, del derecho de legítima defensa; á las naciones y á los pueblos, se les quiere prohibir que repelan la fuerza con la fuerza, que cuando sean atacados hagan la guerra—No se puede decir que en cierto y determinado caso se puede recurrir á la guerra como medio de revindicar un derecho, despues de haber sentado el principio de que es injusta la guerra; todos sabemos que

el fin no justifica los medios; y por mas sublime que sea una causa no se pueden emplear medios reprobados para sostenerla — El asesinato como medio de llegar à un fin dado, aun cuando las víctimas se llamen César ó Marat, los asesinos Bruto ó Carlota Corday y el fin restaurar la libertad ó hacer espirar el reinado del terror, es malo, esencialmente malo y las generaciones que se suceden dirán siempre que es malo é ilegítimo.

Y acaso sucede eso con la guerra, es decir el empleo de la fuerza sujeto à leyes, cuando se encuentra al servicio de una buena causa, es acaso ilegítima? Al contrario, lo ilegítimo seria dejar subsistente la injusticia, permitir la violacion del *orden juridico*.

Por mas que he leído y releído las disertaciones de los filántropos exagerados, no he encontrado una sola razon que lo sea, contra la guerra. He visto sí, magníficos escritos contra las guerras injustas, que contienen ideas en extremo verdaderas, ideas à las que me asocio desde ya, pero al hablarse de un medio cualquiera, para juzgar su legitimidad no se va á ver su abuso, sino su verdadero uso; he visto tambien páginas lindísimas llenas de sentimiento, en que se lloran los horrores de la guerra, en todos los tonos, pero el sentimentalismo no es razon.

El decir que la guerra es injusta equivale á decir: al batirse nuestros padres por que hoy en vez de ser siervos de un Imperio, fuésemos ciudadanos de una República independiente, cometieron un acto in moral, injusto, ilegítimo. Es llevar el espíritu de filantropía hasta la ingratitud, hasta renegar de nuestras glorias, de nuestra sangre y de los nuestros. Aquí no hay términos medios si se dice que la guerra es la violacion de la justicia, no hay mas, la guerra del año 10, la nuestra del año 25 son violaciones de la justicia.

Lo que hay en verdad, es que la guerra como la paz, es un estado de la humanidad, con el que se puede realizar el bien como se puede realizar el mal, segun la causa á cuyo servicio se ponga. Con César esclaviza á Roma, con Washington funda una gran nacion, con Napoleon trastorna á la Europa, con San Martin y Bolívar liberta á la América del Sur; con los emperadores de Rusia destruye á Polonia, con Lincoln emancipa á los esclavos. La paz tambien puede ser un medio de progreso ó de aniquilamiento de los pueblos. Con los empera-

dores de Rusia embrutece un pueblo, con Napoleon III corrompe y degrada á la Francia, y en el Brasil mantiene la esclavitud.

V.

Tal es la guerra ante el derecho natural, un estado de la humanidad en que se puede realizar el bien como se puede realizar el mal. En las relaciones de las naciones, es el único medio á su alcance, para restablecer el *orden de derecho*, alterado por las agresiones de una potencia y cuya denegacion de justicia se constata. Los Estados constituyen una sociedad que no reconoce ningun superior inmediato.

Las sociedades civiles han erigido lo que se llama *Gobierno*, para que las defienda de ataques exteriores y mantenga el principio del derecho en el interior, se han dado leyes y constituido tribunales para que apliquen esas leyes; pero las potencias no reconocen supremo alguno aquí en la tierra que tenga poder coactivo suficiente para hacerles cumplir las leyes, inmutables, universales y necesarias del gran código, únicas que las rigen. Cuando alguno de los conjuntos humanos viola algunas de las prescripciones del derecho en daño de otros, no hay tribunal que los juzgue y les diga «has violado tal ley, esta es tu pena.» La ofendida de ningun modo puede dejar impune el atentado cometido en su menoscabo, no podría soportar resignada el daño recibido, solo porque no hay quien juzgue á las naciones. El dejar la saucion á Dios único superior, no se puede aceptar, hay que restablecer la ley natural, si no se quiere que el atentado se convierta en ley.

Cuando se amenaza la vida, el honor ó la propiedad de un hombre que puede esperar socorro inmediato del poder social, es evidente que tiene el derecho de repeler el ataque á sus bienes con la fuerza.

Lo mismo sucede con las naciones; la nacion ofendida ó atacada tiene que armar sus ciudadanos y mandarlos al combate para restablecer sus regalías desconocidas.

Este es el derecho de guerra entre las naciones. Evidentemente es de derecho natural, es decir, justo; puesto que la division de la humanidad en grupos no atenta á ley alguna natural y que no hay otro modo de dirimir sus contiendas.

VI.

He tratado de decir la verdad respecto de la guerra tan calumniada y tan ensalzada al mismo tiempo — Voy à reasumir.

La guerra es un estado natural de la humanidad, es un medio de realizar su fin, tiene raices en la naturaleza humana, en el sentimiento de los pueblos. Pero no debe usarse de ella sino en ciertos y determinados casos, porque vá acompañada de trastornos inmensos, de exageraciones dolorosas, de esos mismos sentimientos que hace brotar. En el trascurso de la vida de la humanidad ha hecho grandes bienes, ha realizado progresos, ha removido obstáculos que no se hubiesen realizado ni removido sin ella.

La paz perpétua es una quimera que solo puede basarse en un horror exagerado de la sangre y de la destruccion.

Tales son las ideas que he aventurado esta semana para la conferencia de esta noche. Ojalá las naciones comprendan que tan rigurosa es una guerra injusta, que no lleve por norte principios que la justifiquen, como la paz oprobiosa que no tiene la realizacion de la justicia que solo puede justificar la inaccion de un pueblo.

MANUEL ARREDONDO.

Montevideo, Junio 16 de 1871.

LAS SOCIEDADES HISPANO-AMERICANAS

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE SU ESTADO POLÍTICO Y ECONÓMICO

POR TH. MANNEQUIN

(Traducido espresamente para el « Club Universitario »)

(Continuacion)

Sin que así fuese, ellas no han podido conquistar la independencia, la libertad comercial, la de la prensa y la de enseñanza; ellas no han podido destruir la servidumbre, la inquisicion, la esclavitud y mil abusos del poder eclesiástico; en fin, sin que así fuese no han podido reformar sus leyes y darse constituciones liberales. Si apesar de todo esto están corrompidas, es que lo estaban antes bajo el régimen colonial.

Persistiría en esta opinión aun cuando se me pudiese demostrar que los hechos de corrupción son mas numerosos en ellas en proporción á la población y la actividad de las dos épocas, que bajo el régimen colonial. La estadística no da la medida de la moralidad de los pueblos, sino en tanto que son iguales de una época á otra ó de un pueblo á otro, todos los elementos de la comparación. Un malhechor á quien se tiene con los brazos y piernas ligados, no cometerá delitos pero no será moral por esto. Tristes moralistas son los que se contentan con impedir á un pueblo que obre, para moralizarlo. En cuanto á los progresos puramente económicos de los sociedades hispano-americanas, no son discutibles. He aquí un hecho que parecerá sorprendente, lo repito; pero, segun todo, no quiere decir mas que una cosa, á saber, que el régimen colonial era aun mas hostil al progreso que la anarquía. Sin embargo, este hecho exige una explicación particular que voy á dar en pocas palabras.

En la economía industrial de la América española que es casi exclusivamente agrícola y aun poco avanzada, la naturaleza concurre á la producción con una parte mucho mayor que el trabajo, de modo que los trabajadores pueden abandonarlo sin que la producción se detenga absolutamente. Sucede lo contrario en Europa, con la industria manufacturera y una agricultura en la que el trabajo tiene una parte considerable. Apartad á los trabajadores europeos de su industria diaria y la producción cesa al momento. También la guerra y la anarquía en Europa, tienen consecuencias intolerables. Es un hecho bien conocido de los europeos que han habitado la América española, que las revoluciones allí son demasiado benignas para la industria y el comercio, para el comercio especialmente. Se diría que la economía de estos países es como un red de mallas muy flojas, al través de la cual pasan los males que desgarran la red apretada de nuestra economía europea. Por lo demás, era necesario que así fuese en todos los tiempos para que la humanidad haya podido desarrollarse económicamente, pues nadie puede dudar que los principios históricos de la humanidad hayan sido profundamente anárquicos.

No vamos á concluir de todo esto que la anarquía es un medio de civilización, aun cuando hiciese lo que en su lugar no haría la paz, anonadando resistencias obstinadas y aboliendo la esclavitud. En la

paz como en la guerra, son siempre la razon y la esperiencia las que inspiran las reformas felices, y si la pasion viene en su ayuda á veces, es porque la pasion les sirve de obstáculo, y porque contra la fuerza material de que la pasion hace uso, no hay mas que la fuerza material tambien que sea eficaz. No se lucha con el raciocinio contra un hombre que se arma de fusil, de hachon ó de puñal; pero despues ó durante la lucha, si algo se hace en favor del progreso, no es ni al fusil, ni al hachon, ni al puñal, que es preciso atribuirlo. Se puede, pues, progresar sin el concurso de estos terribles auxiliares, y es á esto que deben tender todos los espíritus honrados y todos los corazones generosos.

V.

Las sociedades hispano-americanas no se complacen en la anarquía; han hecho y hacen sin cesar esfuerzos para salir de ella; pero ellas piden el orden y la paz á las combinaciones facticias de la política tradicional, y hasta hoy no han recogido de ellas mas que confusion. Hoy se les aconseja la monarquía bajo un patronato europeo, y aunque esto no les seduzca mucho, quizás no están muy distantes de hacer el ensayo; esperando, asisten con una ansiosa curiosidad á la esperiencia que se hace en Méjico.

No quiero examinar si la esperiencia monárquica de Méjico tendrá éxito; tengo á este respecto dudas que los acontecimientos hasta hoy realizados no pueden menos que fortificar; pero aun cuando tuviese éxito, no podria concluirse de ello nada para la América española en general.

El archiduque Maximiliano no está ciertamente asegurado sobre su trono improvisado; ni es dueño aun de todo el territorio mejicano; si es que realmente es dueño del territorio que sus tropas ocupan. Aparte de esto, su advenimiento ya ha costado, en hombres y en plata, lo que no gasta ningun Estado de la América Española, lo que Méjico mismo, el mas poblado y el mas rico de todos estos Estados no podria gastar si no dispusiese mas que de los recursos que le son propios. Y hay mas: el archiduque Maximiliano tiene para su servicio excelentes tropas europeas, con un mariscal de Francia á la cabeza; tiene en sus consejos y en sus ministerios, hombres especales for-

mados en Europa, y de una experiencia consumada; en fin, él mismo ha sido elegido por la capacidad escepcional que se le supone. Semejantes medios no están evidentemente á la disposicion de todas las sociedades hispano americanas, y dudo que potencia alguna europea consienta en renovar la ruinosa expedicion francesa de Méjico.

Si pues, como se pretende, el órden no pudiese establecerse en toda la América española sino con ayuda de semejantes medios, seria necesario renunciar á aquel en cualquiera otra parte que en Méjico. Por mas que se ame una cosa, se la desea con ardor, con pasion, y se muestre uno dispuesto á los mayores sacrificios para adquirirla, no se adquiere, si el gasto á hacer por ella excede á los recursos que se puede consagrar á su adquisicion. Por precioso que sea el órden social no escapa á esta ley imperiosa de la necesidad. No sucede así con la salud? Se desea esta ardentemente, cuando se ha perdido; sin embargo, si para recobrarla es preciso emplear mas que lo que se tiene y mas que lo que se puede tener de una manera cualquiera, permanece uno enfermo, y aun muere de su enfermedad. Si todos los enfermos no saben esto, no hay un médico que lo ignore.

Tal es la enseñanza mas clara que me parece salir lógicamente de la experiencia tentada en Méjico, para todas las repúblicas de la América española. Se ha creido que el Imperio mejicano podria inspirarles gusto á la monarquia, y las desviaba de semejante placer, convenciéndolas de que ellas no son bastante ricas para pasarlo con esta fantasía, si esta las asalta, lo que es dudoso. Los monarquistas hispano-americanos han dejado pasar el único momento que hubiera podido permitirles establecer en su pais el gobierno de su eleccion; — el momento mismo de su emancipacion; y aun puede dudarse que este momento fuese favorable á la monarquía; hoy su pretension, si persistiesen en ella, no haria mas que traer un elemento mas á la anarquia que les sirve de pretexto. No se cambian las condiciones fundamentales del gobierno sin esponer el pais á los desórdenes mas graves, mas dolorosos y mas prolongados; ademas, si hay tendencia á semejantes cambios entre los pueblos modernos, es para pasar de la monarquía á la república, no de la república á la monarquía. El cambio delirado por los monarquistas de la América española, puede encon-

trar apoyo en los gobiernos monárquicos de la Europa; no lo hallará en los pueblos de ningun otro pais.

Profundicemos esta cuestion que es hoy de una importancia capital para la América española. Es bajo el punto de vista de lo porvenir, sobretodo, que conviene examinarla.

Supondré la monarquía mucho mas fácil de establecerse en la América española que lo que es realmente; iré mas lejos, la supondré establecida; supondré, además, que los gastos enormes de su establecimiento están hechos ya y que no pesan rudamente sobre las sociedades; supondré, en fin, que no solamente la conquista á cuyo precio, es necesario establecer la monarquía, está hecha, sino que supondré tambien (lo que es mas tardío y mas difícil de hacer que la conquista) que la asimilacion de los vencidos á los vencedores ó de los vencedores á los vencidos está realizada: — qué vá á resultar de esto?

Si gracias á mi hipótesis los Americano-Españoles están mas tranquilos, resultado cuya importancia no contesto; si no se disputan ya la primera magistratura del Estado, otro resultado igualmente considerable, van ciertamente á retroceder bajo mas de un aspecto. La libertad, sufrirá ataques, la desigualdad va á renacer: se hablará de la mision providencial ó divina del gefe del Estado: se tendrán grandes respetos á los privilegios del clero etc. etc. Pero hé aquí otras consideraciones. Hasta hoy los Estados Hispano Americanos apenas han conocido la guerra internacional; con la monarquía, ella va llegar á ser el gran objeto de la política militante; pues se sabe que en nuestro tiempo, ella es, por todas partes, casi la obra esclusiva de los gobiernos personales. Los pueblos no tienen motivos para enemistarse: las familias los tienen al contrario, y muchos ¡y qué motivos! pero los motivos no son nada en el caso.

Por otra parte, con la guerra extranjera se hace necesario ejércitos permanentes, marinas, presupuestos, fuertes impuestos, etc. Si ahora pensamos en el porvenir, en los progresos que él reserva, debemos reconocer que la monarquía les pondrá obstáculos siempre que le hagan sombra ó que perjudiquen algunos privilegios. La monarquía no supone un monarca solamente; un monarca puede aun ser razonable y desinteresado; pero su córte, sus amigos, sus leales, la turba innumerable de sus subordinados, verdaderos dragones desti-

nados á la guarda de todo lo que es rutina y privilegio, y cuya avidez es insaciable, ¿no es preciso contar todo esto? Hablaba hace poco de lo que costaria el establecimiento de la monarquía á la América Española, y decia que los americano españoles no eran bastante ricos para alimentar tanto fasto; ¿pero en dónde hallarían lo que seria necesario cada año para pagar los gastos ordinarios? ¿se comprende la existencia de la monarquía con 20, 10 ó 5 millones de presupuesto anual? Cinco millones de francos! pero con esto no hay cómo sufragar los gastos del monarca solo, por mas que sea de muy buena casa. El doctor Francia era una especie de monarca en el Paraguay; pero no tenia mas de 9,000 pesos por año, y aun no recibia mas que 3,000; sin embargo, desempeñaba solo todas las funciones del Estado. ¿Qué monarca de raza se contentaria con semejante tratamiento? La monarquía no conviene realmente á nadie en la América española, ni aun á los príncipes que se quisiera establecer allí: y, en cuanto á los pueblos, si príncipes escogidos, como el archiduque Maximiliano, no les convienen hoy, ¿qué seria mas tarde, cuando el principio del derecho hereditario les diese monarcas ininteligentes, presuntuosos y obstinados, como el acaso del nacimiento les impone tan á menudo á las naciones del viejo mundo???

Pero hé aquí una monarquía americana, enteramente formada, una verdadera monarquía que no ha costado nada establecerla, y que ha tenido la dicha hasta hoy, de dar al país que la recibió como legado de circunstancias, príncipes inteligentes, honrados y liberales; es el Imperio brasilero. Y bien; acaso el Imperio brasilero, llena todas las condiciones que se esperan de la monarquía en la América española? En primer lugar, se engañaria feamente quien creyese que la inamovilidad del jefe del Estado sea allí un gaje de estabilidad para todas las funciones del gobierno; despues, es preciso reconocer que el poder central no tiene allí mas poder real sobre los funcionarios alejados de la capital, que los poderes vacilantes de las repúblicas hispano americanas; su serenidad aparente, à este respecto, no es otra cosa á menudo que la resignacion forzada del sabio que consiente en querer lo que no puede impedir. Se sabe además que las sublevaciones de provincias no son raras en el Brasil, y que la provincia de Rio Grande se habia antes constituido en república durante varios

años. El gobierno brasilero sabe tan bien todo esto que no quiere permitir colonizacion lejos de los lugares donde crece su dominacion suficientemente asegurada, y siempre se ha opuesto cuanto ha podido á la libre navegacion de los rios que riegan su territorio, por el temor de que el espíritu de independencia penetre con el comercio extranjero.

La administracion del Brasil no vale quizá mucho mas, en suma que la de las repúblicas hispano americanas

(Continuad)

LA CAJA DE PLATA

CUENTO FANTÁSTICO

POR A. DUMAS, (hijo)

TRADUCIDO LITERALMENTE DEL FRANCÉS PARA LA SEÑORITA

V... E....

(Continuacion)

En efecto, á las once y media todos estaban reunidos en el aposento de la baronesa, y esta, exaltada y desconfiada por la conversacion que habia tenido con el caballero, se habia resuelto á emplear todos los discursos que su espiritualismo, su belleza, y como lo habia dicho, su calidad de mujer ponian á su disposicion. Se trataba de hacerse amar, aun cuando no fuese sino por un minuto. De qué no es capaz una mujer cuando su amor propio está puesto en la balanza! La baronesa estaba vestida con la mayor coquetería. Sentada en un confidente, con un largo peinador blanco de anchas mangas, que dejaban ver un lindísimo brazo, calzada con pantuflas ó mas bien con chinelas sostenidas en la punta del pié; sus cabellos simplemente en-vueltos alrededor de su cabeza, hacian resaltar mas el óvalo de su preciosa fisonomía; lo esperaba, segura de vencer.

Dieron las once y media.

Pasaron cinco minutos en hablar despacio, de manera de no ser oidos y oir en el caso, poco probable, de que el caballero llegase media hora antes de la cita. A las doce menos cinco minutos dejaron sola á la baronesa y se retiraron, sin hacer ruido á la pieza vecina.

El reloj del castillo dió las doce.

Nadie aun, pero habria sido mucha exigencia pedir tanta exactitud y era de preverse un poco de tardanza en razon de las precauciones á tomar para ocultar una visita tan á deshoras.

Un cuarto de hora pasó aun.

La baronesa empezó á fruncir las cejas.

El general abrió la puerta dulcemente.

—Y bien? preguntó con aire de estrañeza y algo burlon.

—Ya lo veis, estoy sola.

—Teme venir, sin duda.

—O se asegura si todos duermen.

El general cerró de nuevo la puerta y entró en la pieza inmediata.

Le pareció oir, á la baronesa, reir y cuchichear.

Las doce y media daban, cuando se levantó y fué ella la que fué á buscar á sus amigos.

El despecho se veia pintado en su fisonomia.

—Habrà venido, dijo, habrà oido voces y se habrà retirado.

—Probablemente nos espía, alejémonos un poco, y cuando nos sienta partir aparecerá.

Se retiraron en punta de piés.

—Esperad, dijo Julien, á sus compañeros, voy á entrar despacito en su cuarto y veré lo que hace.

J. M. de Montidi, con una luz en la mano entró en el cuarto del caballero, dejando la puerta abierta. Se le vió, caminando á paso de lobo, aproximarse al lecho, y casi al mismo tiempo hacer seña de que se acercasen con precaucion.

Todos entraron.

Mirad, dijo Julien, en voz baja.

Y levantando la luz á la altura de su cabeza para que se viera mejor, mostró al caballero acostado, durmiendo con el sueño mas profundo.

A las diez del siguiente dia, todos estaban reunidos en el salon, en traje de cazadores.

El caballero no se apercibió de la atencion de que era objeto; tenia toda la actitud de un hombre que ha dormido bien y comerá mejor. No demostraba el menor embarazo. Tenia aire de ignorar que el dia anterior, habia cometido una impolítica, faltando á la cita dada. Para

Mme. d'Ange era mas que una impolítica, pero no encuentro la palabra. Decir que no pensaba vengarse sería mentir. Qué mujer sería capaz de perdonar á un hombre el haberla puesto en ridículo, y la baronesa lo habia sido un instante á vista de sus amigos? Entre tanto, se habia reido al saber el ruidoso sueño de M. d'Ilo, pero habria sido imprudente fiarse de su risa.

Despues del almuerzo, al cual el caballero hizo honor largamente, se dispusieron á cazar. La marquesa, la baronesa y el doctor, que no cazaban, debian acompañar á los cazadores y presenciar las primeras exploraciones, que prometian, por que el parage era magnífico.

La baronesa se alejó un momento, con la esperanza que M. d'Ilo vendria á excusarse. En efecto, se aproximó y le preguntó, cómo habia pasado la noche.

—Es ironía? contestó ella.

—Una ironía Señora? No os comprendo.

—Pues bien, caballero! he pasado mal la noche. He esperado.

—Qué?

—Que quisierais venir á la cita que os habia dado y habiais aceptado.

—Es verdad, respondió M. d'Ilo, con el tono mas natural. Perdonadme señora, habia olvidado completamente esa promesa.

El caballero se escusó de ese olvido, como un hombre de buen tono, pero como si hubiese sido una cosa sin niuguna importancia; en seguida, pidió permiso á la baronesa para reunirse á los cazadores.

—Vamos! he perdido se dijo M. d'Ange, porque en verdad, no puedo hacer mas de lo que he hecho. No hay nada en ese hombre, ni aun hombre.

Siguió con lamirada al caballero que se alejaba tranquilamente. Esta mirada era la de una mujer que busca un medio de tomar su revancha.

La caza duró hasta las cinco. En seguida, entraron á las casas, comieron y despues de comer, Mme. d'Ange declaró á los demás, que podian empezar sus pruebas.

El financista, propuso una partida de Sacanete.

Para juzgar un hombre, es necesario hacerlo al vino y al juego, dice un proverbio aleman.

—Jugais, caballero, preguntó la marquesa.

—Sí, señora, algunas veces.

—Os divierte el juego?

—El placer del juego consiste en la emoción, y á mí no me impresionona.

Es lo que vamos á ver, se dijo M. de Carillac, haciendo una seña á los demas jugadores, que se hallaban sentados alrededor de ese resplandeciente festin de oro, que se llama una mesa de juego.

—Así, no hareis parte de nuestra partida? repuso la marquesa.

—Si eso os complace, señora.

—Sí, deseo que jugueis con nosotros.

—Solamente os pediré, señora, permiso para retirarme á las diez, pues hoy he caminado muchísimo.

—Sea, caballero, á las diez os dejaremos libre.

El juego empezó. Diez minutos mas tarde habia tomado proporciones enormes; el oro corria por puñados, y se hubiera dicho que el Pactolo cruzaba la carpeta, un rio de oro en un verde prado.

El caballero conversaba. El juego no era para él, sino una distraccion para sus manos. No jugaba, jugaba con el juego.

—Perdeis, caballero? le pregunto M^{me} d'Ange.

—No sé, señora.

—El caballero gana.

—Cuánto?

—Tres cientos luises que le debo, contestó el banquero.

—Ya veis, señora, parece que gano tres cientos luises.

—A mano ó doblamos la parada, caballero, si quereis.

—Sí, señor, contestó M. d'Ilo, que en ese momento tenia las cartas.

M. de Carillac se habia levantado; los demas jugadores parecian muy atentos. Trescientos luises á una carta era bastante serio.

—Vamos, dijo el banquero, mirando fijamente al caballero, que acababa de tirar la carta que le hacia ganar, vamos, he perdido aun. Son tres cientos luises mas, es decir, que os debo doce mil francos.

—Sí, Señor.

—Continuamos?

—Tanto como gusteis.

Mirad un poco al jugador mas ejercitado, al que sepa mejor mane-

jar su fisonomía, en fin, al mejor de los jugadores, incapaz de dejar percibir lo que siente cuando pierde, miradlo cuando gana; apesar de si, su mano temblará ligeramente al contacto de la carta que lo hace ganar. Todas las miradas estaban fijas en el caballero. Se le hubiera creído una estatua, un gurupí de una casa de juego no hubiera barajado las cartas con mas tranquilidad.

Ganó aun.

Fué el banquero el que empezó á conmoverse. No solamente no ganaba su apuesta, sino que perdía su dinero.

—Debo mil y doscientos luises, dijo, los juego si el caballero consiente.

Por toda respuesta, el caballero se puso á barajar.

El general, sobre todo, no comprendía esta tranquilidad, él cuyo corazón latía á despedazarse cuando ganaba un luis. Es de notarse que los hombres mas valientes en un campo de batalla, son los mas tímidos en una mesa de juego. Su valor no les sirve de nada, delante de ese impasible adversario de carton que nadie es capaz de detener en su carrera; delante de ese peligro mudo, que nada puede combatir, ni la inteligencia ni la fuerza y que sacando un instante el honor del hombre de su quicio, lo hace descender de su corazón á su bolsillo.

—El caballero gana siempre! exclamó la marquesa, le deben cuarenta y ocho mil francos. Es una linda ganancia, caballero; pasad la mano, por que vais á perder.

—Me deb. is cuarenta y ocho mil francos.

—Sí.

—Pues bien, juguemos cincuenta y dos mil; si gano será una suma redonda, y si pierdo, ganareis algo mas que vuestro dinero.

Estas palabras fueron dichas con una tranquilidad sorprendente. Un fénix de granito, que jugara á las cartas en el desierto, no tendría mas calma que el caballero.

—Sea, Señor! vaya por cincuenta y dos mil francos.

En tres cartas la suma redonda estaba hecha. El caballero ganaba cinco mil luises.

Renuncio, dijo el banquero, bastante pálido, mientras que M. d'Ylo conservaba el mismo tinte rosado, que habia llamado la atención á su llegada.

El «renunció» del Creso, queria decir para el caballero, «basta» y para los espectadores: decididamente nada conmueve á este hombre. Me considero vencido.

—A mi turno, entonces, se dijo el general. Ah! tú, no pestañeas caballero; pues bien! yo voy á hacerte pestañar.

Y el general, levantándose, dijo al banquero:

—Habeis hecho bien en dejar el juego; perderiais siempre.

—Por qué?

—Porque el caballero hace trampas.

Y al mismo tiempo el general, tomando un paquete de cartas, lo arrojó á la cara M. d'Ilo.

Las cartas volaron alrededor del caballero, como las hojas alrededor de un árbol cuando sopla el huracan; pero como el tronco de ese árbol el caballero se quedó parado é insensible.

La escena habia sido tan inesperada, que las señoras arrojaron un grito; y los hombres se levantaron, para colocarse entre el general y el insultado.

Todos se engañaron, ninguno pudo figurarse que el general emplearia semejante medio.

—General, dijo la marquesa con tono severo, os volveis loco? y volviéndose hacia M. d'Ilo:

—En nombre del cielo, caballero, tranquilizaos.

—Lo estoy, señora, contestó el jóven, acompañando su frase con la sonrisa mas graciosa,

No siento mas que una cosa, y es que al arrojar me el general las cartas á la cara, ha podido tocar á la baronesa y herirla.

E inclinándose hácia la baronesa:

—Es á mí, Señora, á quien me corresponde daros excusas, pues el general se halla tan conmovido, que no piensa en ello.

Despues, volviéndose al general.

—Deciais, Señor, que yo hacia trampas?

En este intervalo, el general habia tranquilizado con una mirada á los testigos de esta escena, que empezaron á comprender que aun se trataba de la apuesta.

—Sí, Señor, lo decia y lo repito.

—Lo habeis visto?

—Sí, Señor.

—No me permitiré desmentir á un hombre de vuestra edad y vuestra posicion, sobre todo delante de la Señora marquesa, que me hace el honor de recibirme por primera vez.

—Así, Señor, lo confesais ?

—No, replicó el caballero riendo, no digo ni que habeis mentido, ni que he hecho trampas.

—Qué decís, entonces ?

—No digo nada.

—Entonces, sereis un cobarde !

—Por qué ?

—Porque habiendo recibido una afrenta, como la que acabo de haceros, debriais decirme algo.

(Continuará)

Seccion poética

A Teresa

Has destrozado un alma que loca se pensaba,
Que solo se encerraba su bienestar en tí;
Has hecho sí pedazos mi enamorado pecho,
Mas nunca por ese hecho, te acusaré jamás.

Y para convencerte que es cierto cuanto digo,
Te pongo por testigo el tiempo y mi pasión;
El tiempo que no engaña, el tiempo que no miente,
Mi amor que es inocente, devorador y fiel.

Oirás que yo haya dicho lo mucho que te quise,
Mi amor que patentice, que cuente mi pasión;
Mas nunca á herir tus oídos irá que he referido,
Lo mucho que he sufrido, Teresa por tu amor.

Pero ahora concluyeron los grandes padeceres,
Se fueron los placeres y todo, con tu amor;
Si ayer mi alma lloraba lo mismo que ha perdido,
Habiéndose ya ido, no tiene que llorar.

Mas nó, ¿porqué negarlo si el único consuelo
Que queda sobre el suelo, Teresa para mí,
Es ese mismo llanto que sin querer derramo,
Y que le adoro y le amo como te adoro á vos?

Yo sufro, yo padezco y hay dias que parece
Que si mi pena crece, se vá vida y amor;
Y llega el otro dia, y aumenta mi tormento,
Y sin embargo siento mi vida y mi pasion.

Y entónces te perdono, porque sereno pienso,
En el poder inmenso, que juega con los dos ;
Quisiera yo olvidarte, tal vez quieras amarme,
Y no puedo olvidarme, ni amar me puedes tú.

M. P. N.

Aguada, Diciembre de 1866.

Lila

LA PLANTA Y EL JARDINERO

— ¿Me das una flor?
— Jamás.
— ¿Por qué razon?
— Porque no tienen perfume
Las que en mis gajos están.
— ¿No es un pretexto?
— No tal.
— ¿Y si lo fuera?
— Alguna razon hubiera
Para mis flores negar.
— Les doy olor y arrogancia
— El viento de la ignorancia
Nunca puede perfumar.
— Morirán en el olvido.
— Muriendo donde han nacido,
Mas honradas se verán.
— Tambien sus gajos el mundo

Celebra en la mano mia
Y con cariño profundo
Admira su lozania
— El mundo que te rodea,
Es un mundo empobrecido
Y odiará, porque desea,
Lo que jamás ha tenido
Y el que no tiene dolores
Mal puede saber su pena;
Pero, en fin, pídesme flores,
Toma esa pobre azucena,
Ultima flor que el verano
Ofrecer puede á tu mano.
— Yo olvidaré tus desgracias.
— Seremos uno los dos.
— Adios, verde planta, gracias.
— Gracias jardinero, adios.

M. Bahamonde.

APARECE LOS DOMINGOS

ESTRUCTURA

Los datos de la estructura de los sistemas de información son los siguientes:

FACTORES DE SUCCIÓN

Los factores de succión de los sistemas de información son los siguientes:

Los factores de succión de los sistemas de información son los siguientes:

Los factores de succión de los sistemas de información son los siguientes:

APARECE LOS DOMINGOS

SUSCRICION:

Por mes.	1.20
Números sueltos.	0.30

PUNTOS DE SUSCRICION

Libreria Argentina de Ibarra.	Cámaras número 74
Libreria y encuadernacion.	Treinta y Tres núm. 110
Oficina del periódico	18 de Julio núm. 57.

EN BUENOS AIRES

Libreria del Colejio.	Bolivar 54.
-------------------------------	-------------
